

Las construcciones causativas en español

1. *Teoría de las construcciones causativas.*

En los estudios sintácticos sobre el español no se ha prestado mucha atención a este tipo de construcciones. En realidad, pueden considerarse dos aspectos en su estudio:

a) Características sintácticas y significativas de la construcción *hacer* + infinitivo (y, eventualmente, otros verbos como *dejar*, *mandar*, etc.). En realidad, el verbo típico de estas construcciones es *hacer*; con otros verbos, el sentido puede aproximarse, pero, en general, hay bastantes diferencias.

b) Como proceso productivo para la constitución de la transitividad: esta construcción con *hacer* puede ser una etapa en un proceso transformativo que genera estructuras transitivas a partir de estructuras intransitivas más 'básicas'. Este segundo aspecto, desconocido para la gramática tradicional (salvo intuiciones acertadas) y la estructural, ha sido desarrollado, sobre todo, por la gramática generativa y transformacional. Sintáctica y semánticamente se presenta como un modelo muy atrayente, pero, como veremos, choca con muchos problemas.

Hay otro sentido en que puede usarse el término *causativo*: es el que aparece en el *Esbozo* de la RAE (pág. 378), según el cual las construcciones causativas son aquellas en que el sujeto no realiza por sí mismo la acción, sino que ordena, encarga, dirige, etc., la acción que otro ejecuta.

Así, en una frase como: *El rey construyó el palacio*, hay implicados dos agentes o autores: un agente indirecto (el sujeto de la frase) y otro directo. Cuál sea éste, no lo sabemos. En pleno apogeo de la lingüística formal, se hubiera dicho que esto pertenecía a la sustancia del contenido, y, por tanto, era irrelevante para el análisis sintáctico. Hoy, en cambio, se vuelve a desconfiar del excesivo formalismo y de la exclusión de los elementos significativos en el análisis sintáctico.

Sin embargo, no considero muy acertada la anterior definición: sabemos que el palacio no lo construyó por sí mismo el rey; pero ¿quién es el que construye: el arquitecto que hace los planos, el maestro de obras, el albañil ...? Un análisis de este tipo se basa en nuestro conocimiento de la realidad extralingüística.

Ante frases como ésta, o como: *Me hice un traje nuevo*, *El general X ha ganado una batalla importante*, *El municipio erigirá un monumento a Cervantes*, etc., se nos plantean diversas cuestiones: si *El rey construye el palacio* sólo admite una interpretación; en cambio *Mi hermano está construyendo una casa* es ambigua, pues implica que, o bien la está construyendo con sus propias manos, o bien la está haciendo construir (por unos obreros).

Si la primera frase sólo admite una interpretación y la segunda es ambigua, ello se debe a que nuestro conocimiento de la realidad (histórica, social, etc.) interviene en la interpretación de las frases. Ahora bien, ¿cómo integrar este conocimiento en una teoría sintáctica, incluso en una teoría sintáctica que incorpore la semántica?

Por otro lado, se nos plantea el problema de la interpretación semántica de la relación Sujeto-Verbo (algo aún no aclarado satisfactoriamente). Para ciertos generativistas, como Dubois, las frases anteriores suponen cierto tipo de transformación a partir de estructuras más 'profundas' donde el sujeto es el agente directo. Sin embargo, esto descansa en la gratuita suposición de que la relación Sujeto-Verbo implica una conexión directa en la realidad (aquí de tipo físico). Esto no tiene por qué ser así: Ruwet, también generativista, ha criticado esta postura (*Théorie*, págs. 173-177).

Además, las posibles ambigüedades que hemos visto con *cons-*

truir son propias de unos pocos verbos solamente, y en su interpretación, en un sentido u otro, no parece que haya que recurrir a ningún artificio transformacional.

I.I. *Primeras propuestas de una transformación causativa.*

Una de las primeras propuestas en este sentido que he encontrado (no una de las primeras que existan) está en el *Diccionario de Cuervo* (pág. v). Al referirse a las vacilaciones de un verbo entre sus usos transitivos e intransitivos, cita el paso de un sentido intransitivo a otro *causativo* o *factitivo*: *subir* por *hacer subir* o *poner arriba*.

También señala que la construcción refleja puede ser el escalón hacia el carácter intransitivo para los verbos transitivos: *mover* → *moverse*. Como podremos comprobar, toda la discusión acerca de las estructuras causativas será, en líneas generales, un intento de ampliar, profundizar y generalizar esta intuición.

Esta propuesta de Cuervo no la he visto desarrollada en las gramáticas clásicas del español. Si aparecen ejemplos de lo que podemos llamar construcciones causativas o factitivas (como en la antigua *Gramática* de la RAE) es sólo como casos más o menos excepcionales de la ruptura de la oposición transitivo/intransitivo. En general, no hay un análisis serio del paso de una oración, o, mejor, de un verbo intransitivo a otro transitivo "factitivo"; ni tampoco un estudio muy detallado de las llamadas "perífrasis factitivas" con *hacer*.

En cambio, en los estudios sobre el francés ha habido una mayor atención a tales hechos. Sobre tal fenómeno aparecen nociones bastante precisas en la obra de Blinkenberg (*Transitivité*, págs. 35-44, 103, 118-131). El estudio de los verbos "factitivos" se relaciona con la diátesis, por un lado, y con la bivalencia funcional de la transitividad, por otro¹.

¹ Para Blinkenberg, la *bivalencia funcional* es una idea clave dentro de su concepción de la transitividad: es la posibilidad que tiene la mayoría de los verbos de funcionar como transitivos o intransitivos, lo cual tiene ciertas repercusiones semánticas.

La *diátesis*, término que ha venido a desplazar en gran parte al tradicional de *voz*, aunque los sentidos etimológicos sean bastante diferentes, es una categoría gramatical por la que se indica la relación entre el sujeto y la acción expresada por el verbo. Esta acción puede relacionarse con el sujeto de tres formas fundamentalmente:

- a) La acción parte del sujeto al exterior.
- b) La acción ocurre en el sujeto.
- c) La acción está dirigida hacia el sujeto.

Es decir, la clásica división entre verbos activos, medios y pasivos. Según la mayoría de los gramáticos, la dicotomía fundamental, al menos en lenguas como el español, es la activo/pasivo. Reichenkrom, por el contrario, añade otra más: la estativa. El problema básico es que, evidentemente, podemos señalar la existencia de unos contenidos medios, activos, pasivos, etc., en nuestra lengua, pero no podemos asignar a esos contenidos unas formas lingüísticas unívocas. Además, hay interferencias entre los distintos tipos de diátesis en su realización concreta: formas activas y contenido pasivo o medio, como en: *sufrir las torturas con paciencia*.

Blinkenberg señala que puede haber trasposiciones de activa a pasiva sin modificación morfológica: *je brûle la lettre* → *la lettre brûle déjà*. Observamos que hay un cambio en las posiciones de sujeto y objeto idéntico al que encontramos en la transformación pasiva: *Detuvieron a dos maleantes* → *Dos maleantes fueron detenidos*. De ahí que a los verbos de este tipo Blinkenberg los considere diatéticamente neutros, es decir, no marcados para la distinción activo/pasivo, y, por tanto, capaces de expresar uno u otro contenido sin modificación morfológica, o formal sintáctica, en las lenguas románicas.

Estos verbos se encuentran en el mismo caso de la mayoría de los verbos que son neutros en cuanto a su posibilidad de uso como transitivos o intransitivos.

Ahora bien, Blinkenberg en principio no parece postular la prioridad de una estructura respecto de otra; es decir, no supone que unas estructuras sean más 'básicas' que otras (en el sentido generativo). Ambas se encontrarían a un mismo nivel: así hay que entender su afirmación de que el sujeto y el objeto se en-

cuentran en un mismo plano de equilibrio, apareciendo el objeto cuando el verbo ha de relacionarse con dos 'cosas' a la vez. Pero también indica que la doble posibilidad de *brûler* era un paso activa → pasiva. Y opera en otros lugares con la idea tradicional (no desmentida aún por nadie) de que la pasiva es una forma traspuesta a partir de una estructura transitiva activa. En cambio, también señala (págs. 35-44) que esta bivalencia transitiva y diatéctica arranca de usos intransitivos: de ahí la etiqueta de "empleos factitivos" que ha acuñado para tales construcciones, aunque es una etiqueta que le parece algo arbitraria, pues no nos encontramos más que con un hecho normal de transitivización. El sentido de tales verbos, *brûler*, *monter*, *tourner*, etc., no cambia: sólo sufre una ligera modificación debido a la doble orientación de la acción.

En resumen, creo encontrar una cierta contradicción, que puede especificarse así:

— a) O bien consideramos que los usos intransitivos de estos verbos son maneras de manifestar un posible contenido pasivo (o medio), en cuyo caso hemos de considerarlos derivados de una estructura activa-transitiva².

— b) O bien partimos de un empleo intransitivo básico, del que se llega a una estructura transitiva, por medio de lo que Blinkenberg llama "empleo factitivo", o los generativistas "transformación causativa": el sujeto de una frase transitiva se introduce sobre un verbo cuyo sujeto en la frase intransitiva correspondiente es el objeto de la frase transitiva; a la vez, el verbo adquiere un matiz semántico 'causativo', término difícil de precisar significativamente. Dentro del análisis de Blinkenberg, tales casos constituyen un coto, relativamente bien delimitado, dentro de los verbos funcionalmente bivalentes (transitivos o intransitivos).

La posible contradicción aparece cuando vemos que en uso intransitivo estos verbos, en cuanto a sentido, pueden identificarse

² En español, una interpretación de este tipo parece imponerse debido a la presencia de *se* en muchos verbos, funcionalmente intransitivos, y que pueden considerarse como 'nuestros' casos de una voz, o si no se quiere emplear tal término, de un contenido medio-pasivo. Es la postura que adoptará, p. e., Sandra S. Babcock.

muchas veces con las formas pasivas 'normales'. Pero ambos términos de la contradicción no parecen excluirse, sino que cada uno lleva su parte de verdad.

Blinkenberg sigue moviéndose adoptando, indistintamente, ambas perspectivas: habla de un paso intransitivo \rightarrow transitivo, a través de los empleos factitivos (perspectiva b); o bien habla de bivalencia diatética (perspectiva a): el objeto de un verbo se constituye en su sujeto, sin que cambie la forma del verbo.

En las frases transitivas encuentra una acción extrovertida: *il accroît son bien*; y en las intransitivas una acción introvertida o sufrida (punto de contacto con las mediopasivas): *son bien accroît*. En muchos de estos casos el empleo transitivo tiene un claro matiz 'factitivo' que puede verse explicitado por la construcción con *faire*: p. e., *tout change — il a changé tout — il a fait changer tout*.

Esta última es una construcción factitiva explícita, a la que Blinkenberg considera sinónima de la transitiva simple, pero sin pensar que constituya una etapa de ningún proceso transformacional que genere frases transitivas a partir de intransitivas.

A grandes rasgos, puede definirse el sentido 'factitivo' como el propio de aquellos verbos o expresiones complejas (típicamente con *hacer, faire*, etc.) que, merced a la intervención de "alguien" o "algo" (el sujeto sintáctico), provocan un estado, actividad, etc., en otro ser (animado o no): el objeto directo sintáctico. Este carácter significativo está presente en la mayoría de los casos de conversión de intransitivos en transitivos (por lo menos en francés e inglés). Algunos de estos verbos pueden desdoblarse su función intransitiva por medio de la construcción medio-reflexiva: *moverse*, etc.

Este proceso últimamente señalado es en francés mucho menos productivo que en español, y tiene también algunas características distintas. Pero, partiendo sobre todo de construcciones reflexivas, Blinkenberg postula la existencia de una voz medio-reflexiva: especie de acción introvertida, marcada por la presencia del formante reflexivo.

1.2. *Las transformaciones causativas.*

En *Aspectos* de Chomsky (cap. IV, 2.3.) aparece un esbozo de transformación causativa aplicada al inglés. Esta idea se encuadra en el tratamiento de la estructura del *lexicón* que supone incorporado a la base de su gramática, concretamente en el estudio de los procesos derivativos. Dentro de éstos, observa que de algún modo hay que formalizar la relación que mantienen entre sí *red* (“rojo”) y *soft* (“suave”) con *redde* y *soften* (“enrojecer” y “suavizar”, respectivamente), igual que la relación existente entre *fright* y *frighten* (“susto” — “asustar”). Además, observa que han de analizarse como verbos de distinto tipo, aunque no explica por qué (supongo que será debido a su diferente distribución, es decir, al tipo de contextos en que pueden aparecer). No vamos a entrar en las alternativas de análisis que propone Chomsky (algo informalmente), ya que son problemas internos, técnicos, de su teoría.

1.2.1. Para Chomsky, una frase como: *it frightens John* nos suministra una prueba del necesario análisis transformacional de *frighten*, ya que tal frase proviene de una construcción causativa subyacente: *it — makes — S* ($S =$ oración), donde *S* domina a: *John (is) afraid*. Abandona su primera idea de que *frighten* se relaciona con el sustantivo *fright*, para derivarlo de un adjetivo: *afraid* (igual que en los casos de *red* o *soft*).

De este modo, los adjetivos se dividirán entre los que pueden sufrir esta transformación y los que no; algunos tendrán que sufrirla obligatoriamente: aquellos para los que Chomsky no encuentra ninguna forma léxica existente en una lengua concreta, como el inglés³.

Chomsky propone extender un análisis de este tipo a verbos como *to grow*, que puede significar “crecer” como intransitivo, y “cultivar” como transitivo, *to drop* (“caer, bajar”/“dejar caer, tirar”), etc. En estos verbos hay una distinción de sentido que corresponde a una diferencia de posibles contextos sintácticos ca-

³ Hay que tener en cuenta que los últimos estudios de Semántica generativa han abolido la distinción entre Verbos y Adjetivos.

tegoriales: poder ir seguidos de un SN en función de objeto directo, o no. Ambas posibilidades de este tipo de elementos léxicos están relacionadas entre sí, o, por lo menos intuitivamente, así lo parece.

Ahora bien, si consideramos que cada *elemento léxico* (término que Chomsky parece identificar con “palabra”) es un conjunto de rasgos fónicos, semánticos y sintácticos que lo especifican y distinguen, entre otras cosas, según los posibles contextos en que puede aparecer, habría que concluir, contrariamente a nuestra primera intuición, que *to grow*, *to drop*, etc., en sus empleos transitivos e intransitivos son dos elementos léxicos diferentes. Esta posible dificultad, que Chomsky considera, puede subsanarse gracias a su propuesta de *transformación causativa*.

De este modo, frases como: *he dropped the ball*, *he grows corn* (“tiró la pelota” — “cultiva maíz”) derivarían de una estructura subyacente: *he caused S*, donde S sería una oración como: *the ball dropped* o *the corn grows* (“la pelota cayó” — “el maíz crece”). Esta transformación formaliza la relación entre ambos tipos de oraciones, y además subsana el problema de que frases intransitivas como estas últimas no puedan ser derivadas de otras transitivas subyacentes, o más ‘profundas’: esto último ocurre, en inglés, en dos casos:

— a) Por medio del proceso de eliminación del objeto: es lo que sucede con verbos como *to read*, *to eat*; lo que la gramática tradicional llamaba “empleo absoluto” de verbos transitivos, que, en tales casos, funcionan como intransitivos.

— b) Otro grupo de estructuras intransitivas derivables de transitivas (esto es propio del inglés) lo podemos encontrar ejemplificado en: *someone broke the window* → *the window broke* (“alguien rompió la ventana” — “la ventana se rompió”) (*Aspectos*, cap. 2, n. 15). Aparentemente, el comportamiento del verbo *to break*, en ambos casos, parece ser el mismo que el de *to grow* o *to drop*. En un caso, hay un sujeto que en la oración transitiva es el objeto; en los otros casos, ocurre lo mismo. Además, el sujeto de *to grow*, *to break*, etc., no suele aparecer, si es el sujeto de las frases intransitivas, como sujeto de las transitivas: **the window broke the glass*. Además, coinciden en que hay un claro cambio de significado en los verbos, según se usen como

transitivos o como intransitivos. Esto se evidencia cuando traducimos todos estos ejemplos al español.

El doble tratamiento a que Chomsky somete a estos verbos (*to grow* o *to drop* frente a *to break*) tiene una justificación que nos remonta a lo que se dijo sobre los verbos diatéticamente neutros, según Blinkenberg. La justificación no está hecha, sin embargo, sobre ninguno de estos verbos: al describir los rasgos que especifican a una palabra como *to frighten* (cuyo comportamiento podría asimilarse al de *to break*), Chomsky la considera inaceptable en el contexto [+ —] (o sea, no es intransitivo), pero es aceptable en [+ —SN] (es transitivo). Ahora bien, es fácil encontrar a *to frighten* en estructuras 'superficiales' intransitivas como: *John frightens easily* ("Juan se asusta fácilmente"), semejante a otras como: *The book reads easily* ("El libro se lee fácilmente — es de fácil lectura"). Tales estructuras provienen de una estructura subyacente: *Sujeto inespecificado — frightens — John — easily*. El cambio de posiciones de los elementos de la cadena: el objeto directo de la estructura profunda pasa a ser sujeto en la superficial, y el sujeto 'vacío' se elide, junto con la presencia de un Adverbial de Manera (cfr. *Aspectos*, págs. 100-103), hacen pensar a Chomsky que para dar razón de estas frases (cosa que él no hará) se podría buscar una generalización que implicara también la transformación pasiva. Su proceso derivacional participaría, en algún modo, de los caracteres de la transformación pasiva. Vemos cómo Chomsky coincide con la intuición de Blinkenberg y otros gramáticos anteriores.

Sin embargo, la postura de Chomsky en el problema de las transformaciones causativas no es muy firme. En un artículo posterior (*Observaciones sobre la nominalización*, de 1967), parece vacilar. Esta nueva postura de Chomsky hay que entenderla dentro de la disputa con los defensores de la llamada *Semántica generativa* (véase la revista *Langages*, n.º 27, como síntesis de esta polémica).

En general, puede decirse que Chomsky está tratando de restringir el componente transformacional de su gramática, al ver en las transformaciones un recurso explicativo tan poderoso que pueden llegar a no explicar nada (reproche que, a veces, hace a sus oponentes). P. e., una nominalización como: *la destrucción*

de la *propiedad* ya no se generará por transformación a partir de *destruir la propiedad*: el tratamiento transformacional 'generalizaba' demasiado. Ahora, por el contrario, en su *lexicón* se incluirá una entrada léxica, aún no especificada ni como nombre ni como verbo, que relacionará las formas *destruir* y *destrucción*. Así, se podrán explicar sus características comunes en cuanto a significado, posibles contextos, etc., sin necesidad, como antes, de recurrir a las transformaciones. Este paso de una hipótesis 'transformacionista' a otra 'lexicista' ha sido posible debido a la invención del sistema de rasgos (*vid. Aspectos*, cap. II): habrá una serie de rasgos semánticos, sintácticos, etc., comunes a *destruir* y *destrucción*, y otros diferentes según sean nombre, verbo, etc. La relación entre uno y otro ya no se hace por medio de reglas transformacionales generales, sino por la descripción particular (atomizada incluso) por medio de los rasgos. Es decir, Chomsky, desde sus primitivas exigencias de generalizaciones, parece haber llegado a una perspectiva totalmente distinta, más atenta a la descripción individualizada de los elementos lingüísticos.

Esta nueva postura repercute en el análisis de los causativos. Esboza otra teoría que, en oposición a los semántico-generativistas, desarrollará luego Ruwet (*Théorie*, págs. 129 y sigs.). En principio, sigue suponiendo la existencia de una transformación como la que planteó en *Aspectos*. Al encontrarnos con un par de frases como: *He was amused at the stories — The stories amused him* ("Se divirtió con los relatos" — "Los relatos le divirtieron"), podemos suponer que la segunda deriva de algo así como: *The stories* [+ causa] [*he was amused at the stories*]_o. (es decir: "los relatos causaron que él se divirtiera con ellos").

Un argumento fuerte para aceptar la validez de una transformación causativa vuelve al caso de *to grow*: la estructura subyacente de *John grows tomatoes* es: *John* [+ causa] [*the tomatoes grow*]_o, ya que en la nominalización *the growth of tomatoes* sólo es posible una interpretación, como "el crecimiento de los tomates" (a partir de la frase intransitiva), pero no "la cría de tomates (por Juan)" (a partir de la transitiva). Por tanto, *John grows tomatoes* es estructura derivada, ya que, según Chomsky, tales estructuras sólo pueden producir nominalizaciones del tipo en *-ing*, pero no más.

Sin embargo, encuentra bastantes problemas a la hora de postular tal transformación causativa. En primer lugar, con los que llama "causativos psíquicos" (como *to amuse*, p. e.) la frase incrustada bajo *cause* no es una intransitiva, sino una pasiva. Además, está el problema de los sintagmas con valor instrumental, como, en el ejemplo citado, *at the stories*. Por otro lado, al suponer una estructura profunda con un verbo como *to cause* para derivar estas frases causativas, nos encontramos con el problema de la diferencia entre causación directa y causación indirecta. Es decir, las frases *cause + V + SN* no parecen tener el mismo sentido que *V + SN* (siendo ambos V el mismo artículo léxico). Para Lakoff esto es un simple problema de uso (o sea, de *performance*), pero para Chomsky y otros, como Ruwet, al no ser ambos tipos de frases básicamente sinónimas, no se puede admitir la existencia de una transformación causativa.

Debido a esto y a otras razones, al final de *Observaciones* propone otro análisis para las frases causativas. En lugar de una cadena subyacente: *John causes [tomatoes grow]*, postula la existencia de un rasgo [+ causa] que puede asignarse a una serie de verbos como un rasgo léxico más. Si se añade a un verbo intransitivo, éste se convierte en transitivo y sus rasgos seleccionales se revisan de modo que su primitivo sujeto se convierta en objeto.

Aparentemente, ha cambiado poco el análisis; pero, si nos fijamos bien, se ha pasado de una transformación sintáctica a una relación entre dos formas (los dos sentidos de *to grow*, p. e.), que han de considerarse 'básicas', ambas, en la gramática. Los diferentes comportamientos se explican ahora en virtud de la presencia o ausencia de un determinado rasgo léxico (o léxico-sintáctico); habrá unas reglas de redundancia para explicar la similaridad entre el sujeto de *to grow* como intransitivo, y su objeto como transitivo, etc.

Tal solución ha surgido, no de un análisis de las causativas mismas, sino con el objetivo de explicar algunas anomalías de las construcciones nominalizadas inglesas.

1.2.2. Lyons (*Introducción*, págs. 362 y sigs.) ha dedicado un amplio estudio al problema de las causativas, inserto en su análisis de las categorías funcionales, como sujeto, objeto, etc., so-

bre bases nocionales. La base de su concepción de la transitividad radica en:

— a) Por un lado, los criterios nocionales de *actor* y *término* (o paciente). Éstos no coinciden muchas veces con los criterios gramaticales por los cuales se establecen los sujetos y objetos (fenómenos de caso y concordancia) en la mayoría de las lenguas indoeuropeas. El caso más flagrante de contradicción lo constituyen las oraciones pasivas.

— b) Por otro lado, Lyons observa fenómenos contradictorios con nuestras nociones de sujeto y objeto en una lengua como el esquimal. En ésta, en las oraciones transitivas, lo que para nosotros sería el sujeto, o “actor”, está marcado con el sufijo *-p*, y el “término” u objeto con el sufijo *-q*. Pues bien, en oraciones intransitivas nuestro sujeto estaría marcado también con el sufijo *-q*: hay equivalencia sintáctica formal entre el objeto de una oración transitiva y el sujeto de una intransitiva. Son las conocidas *construcciones ergativas*. En vasco hay un fenómeno parecido: el sujeto de oraciones transitivas lleva *-k* como sufijo; el de intransitivas, no. En vasco el sufijo *-k* (agentivo) marca no sólo a los sujetos nocionalmente “actores”, que para Lyons, en las frases transitivas, son típicamente nombres animados, sino también a acontecimientos (sujetos inanimados), que son ‘causa’ de la acción verbal. Esta limitación de Lyons parece, pues, errónea.

En estas lenguas, el actor o agente se comporta como un complemento agentivo (como en las pasivas del griego, latín, etc.); mientras que formalmente son idénticos, lo que en nuestra lengua, y en todas las indoeuropeas, sería distinto: objeto de verbo transitivo y sujeto de intransitivo. En otras lenguas como el caucásico, el georgiano, etc., tampoco puede identificarse el “agente” con nuestro sujeto.

Esto va a constituir el soporte sobre el cual Lyons va a erigir su concepción de la transitividad y, consiguientemente, de la causatividad. Al realizar su análisis no se va a preocupar excesivamente de los problemas formales que tal propuesta creará en el marco de una gramática generativa (mientras que McCawley propondrá un análisis semejante con la intención de desmontar el

modelo de Chomsky). Lyons intentará desarrollar las propuestas de Chomsky que ya hemos visto.

Hay una serie de estructuras intransitivas que constituyen la base de donde se generan estructuras transitivas por medio de una *transformación causativa*, cuyos efectos son: *

— a) El sujeto de la frase intransitiva se convierte en objeto de la transitiva.

— b) Se introduce un nuevo sujeto, nocionalmente “agente” (o “causa”, aunque Lyons se restrinja a los sujetos animados).

— c) El verbo queda marcado semánticamente como “causativo”.

Como vemos, integra las dos propuestas de Chomsky: la de la transformación sintáctica y la del rasgo semántico [+ causa], que Chomsky había planteado como alternativas diferentes. Esta transformación puede producirse con modificación morfológica cero del verbo: caso de *to move* en inglés, o del español medieval y clásico *arder*, que podía ser transitivo o intransitivo; con el empleo de dos elementos léxicos diferentes: el caso de *to die* y *to kill* en inglés, o, en español actual, *arder* y *quemar*; o con el empleo de un verbo auxiliar factitivo, como *to make* en inglés, *faire* en francés (que no tiene la implicación de fuerza o coerción del verbo inglés), *hacer* en español, etc. Hay también procesos morfológicos que unen verbos analizables como causativos a adjetivos (Lyons rechaza también la distinción Verbo/Adjetivo en la estructura profunda): son los casos de *to enrich*, *to soften*, etc. El proceso por el que se derivan verbos transitivos causativos de adjetivos es idéntico al que los deriva de verbos intransitivos.

Lyons no considera obstáculo para su argumentación la diferencia entre causación directa e indirecta, que ya hizo dudar a Chomsky. Admite una clase de verbos intransitivos cuyo sujeto puede ser “agente” (*saltar*, etc.): la presencia de otro sujeto “agente” en la oración intransitiva básica pone en marcha la construcción causativa compleja: *hacer* + infinitivo (o, en inglés, *to make* + infinitivo, *to have* + participio). Esto parece implicar la existencia de un agente ‘indirecto’, pero la diferencia agente directo/agente indirecto no está muy clara, y, para Lyons, no impide la transformación causativa propuesta.

La postura de Lyons es algo ambigua: no sabemos bien si, al hablar de esta transformación, está operando con verdaderas estructuras sintácticas (aun subyacentes), es decir, con estructuras que se transforman unas en otras, pero en donde los elementos léxicos están ya presentes como tales. O bien, si lo que está planteando es el juego de unos elementos semánticos abstractos (CAUSA, p. e.), que no tienen que ver con los elementos léxicos que los realizan en una lengua determinada (el inglés, p. e.). Aparentemente, sigue el primer camino, pero cuando observa la posibilidad de que puedan surgir dificultades (la no-sinonimia de causativas simples y complejas), parece adoptar el segundo, menos comprometido.

Analiza también algunas construcciones intransitivas inglesas, en apariencia semejantes a las anteriores, pero distintas en realidad. Es el caso de: *Detergents sell well* ("Los detergentes se venden bien"), *The clothes washed casily* ("Los vestidos se lavaron bien"), etc. En español se oyen frases semejantes, aunque con no mucha frecuencia: *El nylon lava muy bien, lava bien esta tela*, etc. Son oraciones nocionalmente pasivas, pero 'orientadas al proceso', frente a la pasiva tradicional, orientada especialmente al agente. Esto las diferencia de las causativas, aunque en ellas también su sujeto sea objeto en la oración transitiva con el mismo verbo. Pero, en este caso, las intransitivas derivan de las frases transitivas (con las causativas sucede lo contrario), por un proceso semejante al de la pasiva, aunque no se cumplan todos sus pasos. Suele haber anteposición del objeto primitivo en posición de sujeto, pero el verbo se mantiene en la misma forma, y el agente (inespecificado) no aparece.

A partir de aquí llega a observar una evidente relación entre intransitivas y causativas, seudointransitivas 'pasivas' del tipo visto con *to sell*, *to wash*, y la pasiva propiamente dicha, en cuanto que en todas ellas hay un cambio en las posiciones de sujeto y objeto. Los dos primeros tipos de oraciones no cumplen las otras condiciones de la pasiva tradicional: forma verbal específica, y posibilidad de aparición de un adjunto (complemento) con función de agente.

Por otro lado, hay ciertamente una relación entre oraciones impersonales y oraciones pasivas, al menos en lenguas como el

turco o el latín: *pugnabatur*, formalmente pasiva, tiene una significación impersonal; además, en oraciones típicamente pasivas, en inglés y español, es relativamente poco frecuente que aparezca especificado el agente como *by* + *SN*, o *por* + *SN*.

En suma, Lyons acaba encontrando interrelaciones muy complejas, en diversas lenguas, entre todas estas construcciones: pasivas, seudopasivas (del tipo con *to sell*), "medias" (como las del griego), reflexivas e intransitivas base de la transformación causativa. Pero no prosigue esta investigación.

Al mismo tiempo, si Lyons propone, para el inglés, una estructura básica como: *A moves* (siendo *A* ± agentitivo), de donde se genera *B moves A* (siendo *B* + agentivo), en latín la correspondiente intransitiva se traduce como: *A movetur* (\rightarrow *B movet A*), es decir, una forma típicamente derivada, como la pasiva. Por tanto, si la comparación con el esquimal le sugirió la derivación a partir de la intransitiva, probablemente la comparación con el latín le hubiera sugerido otro tipo de derivación, donde la estructura intransitiva quizás no fuera la básica.

He dejado de lado las propuestas de Lyons sobre la agentividad de los nombres animados y la no-agentividad de los inanimados, aspecto que parece lo más flojo de sus ideas. Según él, los nominales no-animados no pueden ser "agentes", y, por tanto, no pueden ser sujetos de oraciones transitivas: ésta parece ser una idea arbitraria, no justificada por la realidad de la lengua.

La transformación causativa es un proceso recursivo, y puede aplicarse a una construcción ya transitiva, formándose así una construcción causativa "de tres lugares" (con objeto directo e indirecto). Da como ejemplos: *cause to have* \rightarrow *give*, *cause to see* \rightarrow *show*, etc. Lyons marca estas construcciones como doblemente causativas. Sin embargo, en los ejemplos que da, estas construcciones "de tres lugares" derivan de estructuras transitivas que no pueden derivar, a su vez, de estructuras intransitivas por la primera transformación causativa.

Esta transformación parece más forzada que la anterior: partimos del supuesto de que en la construcción causativa "de tres lugares", el objeto indirecto sería el sujeto de la construcción transitiva de "dos lugares" (sería, pues, + agentivo). Pero el mismo Lyons reconoce que esto no es así en la mayoría de los casos.

Son muy pocos los verbos que llevan objeto directo y objeto indirecto, y que admiten una interpretación de su objeto indirecto como sujeto de alguna oración transitiva subyacente. En estos casos, tal interpretación no pasaría de ser una paráfrasis del significado de la frase (más o menos exacta), pero no una etapa de una derivación transformacional con pretensiones de exactitud. La interpretación que propone Lyons es aplicable a construcciones manifiestamente causativas (con verbo auxiliar), donde el verbo auxiliar causativo acompaña a un verbo transitivo con su complemento.

Postura semejante a la de Lyons es la que sostiene Weinrich (*Explorations in Semantic Theory*, págs. 424 y sigs.). Pero éste parece hablar, más que de transformaciones sintácticas, de análisis semánticos de verbos transitivos. Lo que nos ofrece son descomposiciones de los elementos sémicos de un verbo, en este caso, prototipo de un número amplio de verbos ingleses.

1.2.3. Con las ideas de Lyons y Weinrich, nos hallamos dentro del campo de la *Semántica generativa*. La diferencia de estos lingüistas con Chomsky se centra fundamentalmente en la noción de *estructura profunda*: para ellos, la tarea básica de la Lingüística ha de ser la de encontrar unas representaciones lógico-semánticas abstractas con las oraciones reales del discurso. Esto por medio de un mecanismo transformacional parecido al de Chomsky. Niegan la utilidad de una estructura profunda formal y sintáctica como la de Chomsky. En esas representaciones semánticas subyacentes se operará, no con elementos léxicos reales, sino con elementos semánticos, conceptuales, que habrá que transcribir por medio de palabras de la lengua, pero que no se identificarán necesariamente con ellas.

Por otro lado, estos gramáticos postulan unas transformaciones pre-léxicas: introducen elementos léxicos (o palabras 'reales') a partir de esos elementos semánticos abstractos, y son idénticas a las transformaciones sintácticas de Chomsky. En cambio, para éste, las transformaciones actuaban necesariamente una vez que se habían introducido los elementos léxicos (cfr. *Aspectos*, cap. II), y sólo entonces.

Precisamente, uno de los temas que va a servir como argu-

mento, a favor o en contra, de uno u otro modelo teórico dentro del generativismo, es el de las construcciones causativas. No se estudiarán por sí mismas, sino en cuanto que pueden ser utilizadas para afirmar o negar una teoría.

La primera formulación más desarrollada del tema la encontramos en Lakoff (*Irregularity in Syntax*, págs. 32-43, 92-100): establece una relación entre las siguientes frases: *The metal is hard* — *The metal hardened* — *John hardened the metal* (“El metal está duro” — “El metal se endureció” — “Juan endureció el metal”). De la primera a la segunda hay una transformación incoativa: *The metal hardened* tiene idéntica estructura profunda que *The metal became hard*, donde *become* es idéntico a *come to be*, a pesar de que en la primera no haya ningún rastro de un verbo *to be* en la estructura superficial, como sí lo hay en la segunda. El que de una misma estructura profunda surjan dos estructuras superficiales distintas, se debe a la presencia del rasgo semántico INCOATIVO, que pone en marcha una transformación, por medio de la cual se borran elementos como *become*, etc., se añade el sufijo *-en*, hasta llegar a: *The metal hardened*.

Lo mismo ocurre en la transformación causativa, la que relaciona *The metal hardened* con *John hardened the metal*. Estas oraciones se relacionan con otras donde en la estructura superficial hay un verbo como *to cause* o *to bring about*: también un elemento semántico subyacente CAUSATIVO pondrá en marcha la transformación por medio de la cual una estructura profunda muy compleja originará una estructura superficial aparentemente simple como: *John hardened the metal*. No expongo los procedimientos concretos de Lakoff, ya que sólo son aplicables al inglés, y estarían aquí fuera de lugar. Pero su razonamiento parte del hecho de considerar que una frase como *John hardened the metal* se forma por transformación (causativa) a partir de *The metal hardened*, la cual a su vez se forma por transformación (incoativa) de *The metal is hard*. Cada una contiene a la anterior como subordinada, con lo cual la aparente sencillez de *John hardened the metal* se nos revela mucho más complicada.

Después del trabajo de Lakoff (realizado en 1965, aunque publicado como libro en 1970), el artículo de J. McCawley, *La inserción léxica* (de 1968), ha sido el que más polémicas ha pro-

vocado. Para McCawley el verbo *to kill* puede descomponerse semánticamente en: “cause to die”, o, mejor aún, en: “cause-become-not-alive” (también da como posible: “cause-cease-to-be-alive”, aunque lo desecha sin razón aparente). Esto constituiría la estructura semántica subyacente del verbo de la lengua *to kill*: para insertar este verbo en lugar de esa estructura semántica hay que recorrer una serie de pasos transformacionales, por medio de los cuales cada predicado se une al inmediatamente anterior: McCawley llama a esta transformación “Ascensión de Predicado” (cfr. Zavala, *Semántica*, págs. 263-265).

La secuencia “cause-become-not-alive” no es sintáctica, sino puramente semántica: son elementos conceptuales a partir de los cuales se genera un verbo que existe como tal forma léxica en una lengua concreta. La transformación puede detenerse en cualquier lugar: así, en lugar del verbo *to kill* tendríamos la perífrasis *cause to die*, u otras combinaciones sintagmáticas con las formas léxicas que en cada lengua representan a esos elementos semánticos. También habrá algunos elementos semánticos que, al serles aplicada la transformación, no generarán ninguna forma léxica real de la lengua: p. e., si en vez de *alive* escogemos un adjetivo como *obnoxious* (“odioso”), para el que el inglés no tiene una forma equivalente a la de *to kill* con respecto a *alive*. Finalmente, en inglés no hay un procedimiento morfológico regular para marcar a estos verbos causativos.

Posteriormente, McCawley (Zavala, *Semántica*, pág. 263, n. d) rehizo algo esta derivación, concretamente en lo que se refiere al empleo de *to cause* en la representación semántica abstracta. En la lengua real, *to cause* puede indicar también una relación entre una acción o suceso y otro suceso: *John's reckless act caused Bill's death* (“el temerario acto de Juan causó la muerte de Bill”); en cambio, en su derivación había operado con un elemento semántico primitivo (no con el morfema léxico *to cause*), que corresponde a la relación entre persona y suceso, como en *John caused Bill to die*. Reconoce que ha pasado del elemento semántico al morfema léxico sin discriminación. Ahora propone otro tipo de derivación, más complicada, que puede parafrasearse aproximadamente como sigue: “X does (something) which causes ...” (“X

hace [algo] que causa ...”). El resto de la transformación permanece igual.

El caso de las transformaciones causativas es sólo un ejemplo de las transformaciones pre-léxicas desarrolladas por la Semántica generativa. Un análisis que se ha hecho clásico es el que ha postulado Postal para el verbo inglés *to remind*, antes de cuya inserción en una estructura cualquiera es preciso realizar un gran número de transformaciones.

Nos hallamos, pues, en el desarrollo extremo de las primitivas propuestas de Chomsky en *Aspectos*. Ante tal cúmulo de transformaciones, puede observarse un hecho, anecdótico si se quiere: los ejemplos se repiten en casi todos los trabajos. Esto se explica por algo que ya dijimos: no se pretende explicar las transformaciones causativas, o las construcciones de este tipo, sino sólo un determinado modelo teórico.

Las críticas a este tipo de transformaciones causativas han aparecido dentro de la misma gramática generativa. Principalmente, por boca de Chomsky, Fodor y Ruwet. Fodor (cfr. *Linguistic Inquiry*, vol. I, n.º 4, págs. 429-438) toma el ejemplo de *cause to die* → *kill*, y niega esta posible derivación. Hay un primer argumento, el de *do so*, absolutamente inaplicable al español. El segundo se basa en el comportamiento de ciertos circunstanciales de tiempo: *Juan hizo morir a Bill el domingo, apuñalándolo el sábado* (o mejor: ... *hizo que muriera* ..., *provocó que muriera* ...) es gramatical, pero no lo es: **Juan mató a Bill el domingo apuñalándolo el sábado*. En realidad, ambas frases son un tanto 'raras' en oídos españoles: preferiríamos otras expresiones para tales ideas.

El tercero de sus argumentos se refiere a los instrumentales: los complementos de este tipo en forma de gerundio han de tener como sujeto el mismo que el del verbo al que modifican: *Juan se puso en contacto con María llamándola por teléfono*. Esta identidad de sujetos entre gerundio y verbo principal es constante: lo cual puede ser una prueba para ver si un determinado SN ha podido ser sujeto de algún verbo en estructura profunda. De este modo, en una frase como: *John caused Bill to die by swallowing his tongue* (doy el ejemplo en inglés, ya que la traducción, si quiere ser fiel, sería muy torpe: “Juan hizo morir a Bill tragando

su lengua”), podemos considerar que el sujeto de *swallowing* es *Bill* o *John*. Pero en la frase con causativa simple no hay ambigüedad: en *John killed Bill by swallowing his tongue* sólo hay un posible sujeto de *swallowing*, *John*, con lo cual, al no ser *Bill* ningún sujeto de alguna estructura más profunda, *kill* no puede derivar de *cause to die*.

La crítica de Chomsky a propuestas de esta clase intenta, sobre todo, hacer ver que lo que Lakoff o McCawley proponen como un modelo generativo distinto y contrario al suyo no es más que una simple variación técnica o terminológica, pero no una teoría totalmente diferente. Para él, derivar transformacionalmente *to kill* de *cause to die* no es más que llamar de otra manera a las reglas de interpretación semántica que especifican el significado de un elemento léxico de la lengua y lo relacionan con el de otros elementos léxicos, que tengan puntos de contacto, o con el de frases enteras. Chomsky tiene razón: lo que hace McCawley es llamar transformación gramatical a lo que no es más que el conocido procedimiento de descomposición semántica de un lexema en rasgos sémicos primitivos. Un procedimiento del más rancio estructuralismo revestido con ropajes generativos.

La propuesta de *cause to die* → *kill* es razonable, pero pretender derivar *malingerer* (“que se finge enfermo”) de una frase como: “person-who-pretends-to be-sick”, con transformaciones de ascensión de predicado, eliminaciones de SN, etc., creo que, por lo menos, es absurdo. Lo único que hace es intentar formalizar transformacionalmente una relación de paráfrasis significativa entre una palabra cualquiera y su definición de diccionario. Si siguiéramos por este camino, como cualquier elemento de la lengua puede derivarse por transformación de una frase que defina su significado, las transformaciones serían un recurso tan bueno que lo explicarían todo, sin explicar nada. No aclararían nada de la naturaleza de la lengua descrita, o del lenguaje en general. Este peligro lo ha visto Chomsky: considera ‘aberrante’ derivar una palabra como *asesinar* de “hacer-morir-por medios ilegales-y con malicia premeditada” (lo que no sería sino una lógica aplicación de lo que propone McCawley). Naturalmente, los partidarios de las ideas de Lakoff, McCawley, etc., imaginan medios para no

llegar a tales absurdos, pero el problema, a mi entender, es que su mismo planteamiento de base está mal.

Por otro lado, Chomsky (en su artículo *Estructura profunda, estructura superficial e interpretación semántica*, aparecido en 1968) señala que si *to kill* y *cause to die* han de ponerse en relación, su relación no es precisamente la de la sinonimia. Los verbos "causativos" suponen una inmediatez de conexión entre el agente y el suceso que no existe en las formas sintagmáticas vinculadas con ellos. En suma, estas formas sintagmáticas no pueden constituir ninguna etapa en la generación de los verbos "causativos".

Esta observación, que Chomsky coloca a pie de página, es la que constituirá el grueso de la argumentación de Ruwet (*Théorie syntaxique et syntaxe du français*, págs. 129 y sigs.). Las construcciones *factitivas*⁴ complejas suponen una conexión indirecta entre sujeto y objeto, lo cual hace que el sujeto de éstas no tenga por qué interpretarse como agente siempre. En cambio, las transitivas simples correspondientes imponen una conexión directa entre sujeto y objeto, por lo cual se tiende a interpretar el sujeto como agente en mayor número de casos: hay una evidente diferencia semántica entre *hacer morir a alguien* y *matar a alguien*, que puede expresarse del modo que lo hace Ruwet. Estos hechos provocan restricciones de selección de sujetos y objetos, que contradicen la derivación de las transitivas simples a partir de las factitivas complejas.

2. Los verbos causativos españoles.

Como definición provisional de *verbos causativos*, diremos que son aquellos que presentan con sus objetos en estructuras transitivas las mismas restricciones de selección y coaparición que con sus sujetos en estructuras intransitivas. Generalmente, los sujetos

⁴ La lingüística anglosajona prefiere el término de *causativo*, ya que las frases complejas correspondientes se forman con *to cause*; mientras que la francesa o española prefieren el término *factitivo* por su relación con las perífrasis formadas con *faire* o con *hacer*. Pero, en realidad, vienen a designar el mismo tipo de fenómeno.

de construcciones intransitivas no aparecen como sujetos de construcciones transitivas:

- “La clase acabó a las seis”.
- “El profesor acabó su clase a las seis”.
- *“La clase acabó el discurso del delegado”.

Con un verbo como *acabar*, cuando se usa en frases transitivas, no se suele permitir, o es menos frecuente, un sujeto de rasgo [—Animado], frente a lo que ocurre en frases intransitivas. Por otro lado, existe una evidente diferencia de sentido entre ambos empleos de *acabar*, diferencia debida a los distintos contextos sintácticos en que aparece, sobre la base de unos rasgos semánticos comunes que nos lo permiten identificar como el ‘mismo’ verbo.

Ahora bien, ¿de qué modo están relacionadas entre sí estas estructuras? Un problema importante es que las condiciones que definen a los verbos causativos pueden también definir pares de oraciones como:

— “No sé cómo ha sido, pero el cristal de la ventana *se ha roto*”.

— “No sé cómo lo ha hecho, pero el niño *ha roto* el cristal de la ventana”.

Las condiciones en que se produce el cambio de posiciones, por un lado, y la diferencia de sentido, por otro, son semejantes a las de *acabar*. Pero en la frase intransitiva nos encontramos con la partícula reflexiva *se*, cuya función está por señalar. Además, si traducimos al español las listas de verbos causativos del inglés o del francés, veremos que en la mayoría de los casos *se* es obligatorio u opcional en las frases intransitivas: *La clase se acabó a las seis*. Hemos empleado, además, diferentes pro-verbos en el par de oraciones anterior: en un caso *ser*, y en otro *hacer*: esto nos indica que en la primera nos encontramos ante un proceso que afecta a un elemento, y en la segunda con una acción que surge de, o es provocada por, un sujeto agente. El análisis de estas frases ha de ser, pues, necesariamente distinto del que proponían Lyons, Lakoff, etc., para las correspondientes frases inglesas.

Sin embargo, el estudio de las funciones de *se* merece un capítulo independiente. Ahora nos ocuparemos del tipo de verbos que funcionan como *acabar*, y donde *se* puede considerarse op-

cional, como un refuerzo expresivo o de otra índole. Implicada en este problema está la cuestión de la relación de tales verbos con la perífrasis *hacer* + infinitivo.

2.1. No es demasiado extenso el número de tales verbos causativos en español, lo que me hace sospechar si no será un fenómeno marginal en nuestra lengua.

Hemos dado como ejemplo introductorio una frase con *acabar*; en efecto, todos los verbos que mantienen una relación conceptual entre sí por indicar el principio o el fin de un proceso se comportan de modo semejante. Estos verbos, además, pueden formar perífrasis con infinitivo para indicar distintas fases del desarrollo de la acción: *acabar de*, *empezar a*, etc. En contextos sintácticos nominales indican el punto de arranque o la conclusión de algo, generalmente observado desde el punto de vista temporal. Por ello, los sujetos de estos verbos en oraciones intransitivas suelen ser nombres de acontecimientos que ocupan un corte en el tiempo, provistos de 'duración'. Verbos de este tipo son: *acabar*, *finalizar*, *terminar*, *comenzar*, *empezar*, *continuar*, *seguir*, *proseguir*, etc.:

— “Remolinos, rocas y torrentes, que comienzan en una Guarnición Militar (...) y acaban en otra” (*Casa verde*, 23).

— “He acabado ya todos mis deberes”.

— “Esta tarde comienza la temporada en la plaza de Vista Alegre” (*ABC*).

— “Mañana comienza en Dublín la ‘cumbre’ europea”.

— “¿Cuándo comenzáis las clases?”.

— “La reunión concluyó sin ningún incidente”.

— “La Asamblea Episcopal concluyó ayer su XXI sesión” (*ABC*).

— “Esto empieza mal, y va a acabar peor”.

— “A ver si empezamos de una vez el trabajo”.

— “Tras finalizar el partido Burgos-Las Palmas...”.

— “Luis finalizaba su artículo con estas palabras”.

— “Todas nuestras ilusiones han terminado”.

— “Emprenden y casi terminan la construcción de la bodega” (*Triunfo*).

Los ejemplos podrían seguir, pero creo que hay suficientes. Como vemos, una frase como: *Ha comenzado el ahorro de ener-*

gía, es ambigua aisladamente: puede presuponerse que *alguien* lo ha comenzado, como en: *Europa no tiene más remedio que comenzar el ahorro de energía*, o que tal proceso está empezando sin presuponerse que nadie actúe en tal sentido: *La situación ha llegado a tal extremo, que el ahorro de energía tiene que comenzar*.

Por otro lado, la proximidad semántica a estos verbos de otro como *iniciar* no provoca un idéntico comportamiento sintáctico: *iniciar* es un verbo transitivo casi monovalente, donde no existen las posibilidades intransitivas simples de *empezar*, etc. Para representar tal uso, exige necesariamente la presencia de *se*: *La reunión se inició en el Palacio Episcopal* (= ... *comenzó* ...); aquí parece que nos hallamos ante un *se* medio-pasivo, mientras que en *se inició la reunión* hay dudas entre tal análisis y el de *se* impersonal activo.

La opcionalidad de *se*, de la que hablamos más arriba, no está, sin embargo, muy clara. En verbos como *empezar* o *comenzar* su "status" sintáctico no parece ser el mismo que el de frases con *acabar* o *terminar*. En *la reunión se empezó a las nueve* parece más plausible un análisis de *se* impersonal que en *la reunión se acabó a las nueve*, donde tal análisis es también posible, pero donde puede analizarse también el *se* medio-pasivo, lo cual no se da en las frases con *empezar* o *comenzar*. Veamos algunas frases más:

— "Las clases (se) acabaron la semana pasada".

— "Las clases empezarán mañana" — "Las clases se empezarán mañana".

— "(Se) terminó el partido" — "(Se) termina el partido".

— "Comienza el partido" — "Se comienza el partido",
"Comenzó el partido" — "Se comenzó el partido".

El *se* que encontramos con *acabar* o *terminar* no es el mismo, a mi entender, que el que encontramos con *empezar* o *comenzar*. Con estos dos sólo aparece el *se* que indica indeterminación de sujeto, mientras que con *acabar* y *terminar* puede aparecer también el *se* que Alarcos llama "léxico" (con repercusión semántica en el verbo, pero sin función sintáctica).

Por otro lado, con *acabar* o *terminar*, *se* no es siempre opcio-

nal: en algunos contextos, la presencia de *se* es obligatoria en las frases intransitivas:

— “El agua se ha acabado” — “El agua se ha terminado” / *“El agua ha acabado” — *“El agua ha terminado”.

Tal hecho parece depender de la distinta subcategorización semántica y sintáctica de los sustantivos que forman el entorno de *acabar* o *terminar*, a la vez que de una distinta acepción del verbo: *acabarse* con el sentido de “agotarse”, lo cual es posible con unos sustantivos, pero no con otros. Hasta ahora, veníamos empleando sustantivos que se caracterizaban por ser medibles temporalmente, es decir, por referirse a acontecimientos temporales. Pero aquí nos hallamos ante sustantivos de rasgo [+ Material], o [+ Abstracto], pero no temporales: *Mi paciencia se está acabando* es preferible a *Mi paciencia está acabando*. Por otro lado, en una frase como *La comida ha acabado* nos referimos al acto social, o acontecimiento, de comer, mientras que en *La comida se ha acabado* nos referimos, bien a esto, o bien a los diferentes alimentos: a un sustantivo [+ Material], pues.

En verbos como *finalizar* o *concluir* lo más natural es aparecer en el contexto de nombres-acontecimientos, pero son más raros con sustantivos de otro tipo: ? *El agua (se) ha finalizado*, ? *El agua (se) ha concluido*. En frases como *La comida ha finalizado* o *La comida ha concluido* nos referimos a la comida como acontecimiento; con estos verbos no parecen existir las mismas posibilidades que con *acabar* o *terminar*.

Con *empezar* y *comenzar* tampoco parecen muy aceptables frases intransitivas con sujeto material o de otro tipo, pero no acontecimiento, lleve o no el verbo *se*: **El agua comenzó*, **las aceitunas comenzaron*, **las sillas se empezaron*, **su inteligencia empezó entonces*. Tales frases, aisladas, no pueden considerarse gramaticales; naturalmente, lo serán cuando se integren en una oración donde tales verbos formen una perífrasis: *el agua empezó a caer*, etc. La diferencia radica, pues, en que *el agua se acabó* no exige ninguna perífrasis para ser frase comprensible y gramatical, ni parece ser reducción de ninguna otra frase, pero *el agua (se) empezó* no es fácilmente interpretable fuera de tales contextos: necesita algo más para poder entenderse.

Con este tipo de sustantivos en posición de objeto, las corres-

pondientes frases transitivas son dudosas: *Luis empezó los caramelos*, *Los campesinos acabaron toda el agua de las fuentes*, *Hemos terminado ya las aceitunas*, etc., son frases que, para muchos hablantes, no son totalmente aceptables. Hay que tener en cuenta, desde luego, la acepción concreta del verbo: una frase como *no empieces ese pan; córtate del otro*, es totalmente gramatical, donde *empezar* tiene un sentido como “tomar una parte de lo que no se ha partido, de lo que mantiene su integridad”. Parecen más aceptables, o bien una perífrasis con un verbo adecuado: ... *empezó a comer los caramelos*, o bien una estructura donde el complemento va introducido por *con*: *Luis empezó con los caramelos*, *Los campesinos acabaron con el agua de la fuente*, *Hemos terminado ya con las aceitunas*, etc.

Esta posibilidad de complemento introducido por *con* existe también con sustantivos no-materiales, pero tampoco de carácter durativo-temporal: *La sequía ha acabado con las esperanzas de los agricultores*, *Una crisis como la actual acaba con cualquier sistema económico*, etc. En estos casos, la frase transitiva directa parece agramatical, o por lo menos muy infrecuente: **la sequía ha acabado las esperanzas* ... También se exige *con*, excluyéndose la transitividad directa, cuando nos encontramos ante un objeto [+ Humano] o [+ Animado]: *acabaron con todas las ratas del barrio*, *la policía ha acabado con la banda en pleno*.

Ahora bien, frente a esto, encontramos casos de objeto material, donde lo que se exige es una frase transitiva directa, sin posibilidad de emplear *con*, al menos con el mismo sentido: *He terminado una nueva partitura*, *No pude acabar la mesa que me encargaste*, *Juan ha empezado un nuevo libro de poemas*, etc. En estos casos nos hallamos ante lo que la gramática tradicional llamaba *objeto resultativo* o de *effectum*, y la gramática de Fillmore, caso *Factitivo*: aquel cuya existencia se produce por, o es resultado de, la acción designada por el verbo. Por ello, creo que frases como éstas, donde *acabar*, p. e., es interpretable como “hacer por completo” o “acabar de hacer”, pueden relacionarse con otras donde encontramos una perífrasis con infinitivos de verbos que normalmente se construyen con tales objetos: *terminar de escribir una partitura*, *acabar de fabricar una mesa*, *empezar a escribir un nuevo libro*, etc. Nótese, por otra parte, que, en muchas ocasiones,

frases como éstas aparecen con un objeto directo que es un nominal derivado de tales verbos resultativos: *empezar la construcción de un puente, acabar el decorado de una casa*, etc. La identidad de sentido, con matices según los elementos sintácticos empleados: nombre, verbo, etc., hace pensar que subyacente a, p. e.: *terminar una mesa* (en este sentido resultativo) hay una frase como *terminar de fabricar una mesa*, o algo semejante. Es decir, *No han terminado de hacer la mesa* tiene igual sentido que *No han terminado la mesa*. Tal posibilidad daría razón de ambigüedades como la siguiente:

— “¿Terminaste la carta? (...) ¿Terminaste la novela de Beltrán?” (*Tragaluz*, 218).

La primera frase ha de interpretarse como “¿Terminaste de escribir la carta?”, y la segunda como “¿Terminaste de leer la novela de Beltrán?”: una misma forma, pues, recubre dos significados diferentes. Una frase como *¿Terminaste la novela?* es, por tanto, ambigua: puede significar tanto “¿Terminaste de leer la novela?” como “¿Terminaste de escribir la novela?”. Tal propuesta, de la que no sé muy bien cómo daría cuenta una gramática transformacional tipo Chomsky, no da cuenta de todos los empleos de *acabar*, como tampoco los explica todos el proceso causativo: como vimos, la posibilidad de *acabar* como causativo típico se da en un entorno de sustantivos que designan acontecimientos temporales.

Hay ciertos contextos donde pueden alternar, con *acabar*, un objeto directo y un complemento introducido por *con*: *acabé ya (con) el trabajo, acaba (con) lo que estés haciendo*. No veo muy bien qué razones son las que imponen, por un lado, la posibilidad de ambas construcciones y, por otro, su imposibilidad, como en *acabar con alguien* o *acabar con las esperanzas de alguien*.

Ahora bien, de todos modos siempre parece haber diferencias entre una construcción y otra: una frase como *he acabado la Iliada* no es igual que *he acabado con la Iliada*: la primera significa “he acabado de leer...”, mientras que la segunda puede parafrasearse algo así como “para lo que interesa, ya no tengo que seguir leyendo la Iliada”.

Además, en la construcción *acabar con* se impone en muchas ocasiones un sentido de “destruir” o “hacer desaparecer”; el uso

transitivo directo de *acabar* no suele tener ese sentido: *por fin han logrado acabar el puente* frente a *por fin han logrado acabar con el puente*, *el siglo XX ha acabado con la novela decimonónica*, *la televisión puede acabar con las reuniones familiares*, *una penosa enfermedad acabó con su vida*. En algunos casos, no es posible la frase transitiva directa con *acabar*.

Estas frases han de distinguirse de aquellas otras donde encontramos un uso intransitivo “absoluto” de *acabar*, y un complemento introducido por *con*, al que podríamos llamar de “circunstancia concomitante”: es lo que sucede en frases como *este libro acaba con un encendido elogio al progreso*, *Juan acabó con unas palabras de gratitud*. Esta diferencia puede verse perfectamente en el siguiente par de frases: *El realismo acabó con la novela romántica* (sentido de “destruir”, “hacer desaparecer”) / *El realismo acabó con los herederos de Zola* (es decir, “concluyó”, etc.).

Esta segunda interpretación es la única posible con verbos como *empezar* o *comenzar*: *el realismo empezó con la novela costumbrista*, *Juan empezó con la segunda botella de la tarde*, etc. No hay una posibilidad como la que vimos en algunos ejemplos de *acabar*.

Todos los lingüistas que han hablado de las construcciones causativas señalan el carácter “agentivo” de los sujetos de estos verbos en la frase transitiva directa; incluso restringen la posibilidad de ser sujeto a sustantivos que posean el rasgo [+Animado]. En los empleos propiamente causativos de *acabar* o *terminar* parecen preferirse los sujetos de tal rasgo, e interpretables como “agentes”: *los cubanos comenzaron la revolución en la sierra*, *el profesor acabó su conferencia a las cinco*.

De todos modos, esto puede considerarse como una norma relativa. Por otro lado, a veces el carácter “agentivo” no está claro, aunque el sujeto sea [+Animado]. ¿Qué tipo de agentividad puede encontrarse en frases como *Hemos terminado un año y vamos a empezar otro dentro de sombrías perspectivas?* Cuando el sujeto es [—Animado], pero interpretable como “causa”, no parece normal la transitiva directa: ? *la lluvia acabó la reunión*. Es más probable otro tipo de frase factitiva más compleja: *la lluvia hizo que (se) acabara la reunión*.

En cambio, en *acabar con* no parece haber tales problemas: *la lluvia acabó con la reunión, los nuevos inventos no han acabado con la mano de obra*, etc. Es decir, es una relación de conexión más indirecta, que puede ser “agentiva” (*acabaron con él de un tiro*), sólo en algunos contextos claramente especificados; pero no es así por lo general: *una penosa enfermedad acabó con Juan*, frente a la mucho más extraña (que no he oído nunca): ... *acabó a Juan*.

2.2. Hay otros verbos donde la relación causativa entre usos transitivos e intransitivos parece darse sin complicaciones adyacentes: es el caso de *aumentar, disminuir, mejorar, empeorar, hervir*, y algunos otros:

— “Según se acerca la fecha de las elecciones aumenta la tensión política en el país” (*Informaciones*).

— “Los abonos (...) han aumentado en un año entre un setenta y un ochenta por ciento” (*Triunfo*).

— “La industria soviética aumenta su producción” (*Informaciones*).

— “Los vendedores aumentaron los precios sin consultar con las autoridades”.

— “Disminuye el interés de los españoles por las asociaciones” (*Informaciones*).

— “Hemos disminuido nuestras importaciones de trigo”.

— “Charcos de agua hedionda que hierven de renacuajos y de lombrices” (*Casa verde*, 26).

— “Me he puesto a hervir el agua” — “El agua está hirviendo ya”.

— “La taquigrafía (...) mejorará su condición material” (*San Camilo*, 117).

— “El tiempo mejoró notablemente en España” (*ABC*).

Algunos de estos verbos pueden descomponerse semánticamente en un elemento “causativo” y un adjetivo, en estos casos un adjetivo sometido a cierta gradación: p. e., *aumentar* significa “hacer más grande”, y *disminuir*, “hacer más pequeño”. Se diferencian de otros verbos formados sobre una base semántica con *hacer* en que *aumentar*, etc., tienen unas posibilidades como transitivos o intransitivos que no las tienen estos últimos (p. e., *ablan-*

dar, nacionalizar, agrandar, etc.). Por el contrario, cumplen las condiciones de la transformación causativa en que sus sujetos de estructura intransitiva son los objetos de la transitiva.

A éstos habría que añadir algunos que tuvieron semejantes posibilidades en otras épocas de la lengua: *crecer* durante mucho tiempo tuvo sentido causativo, significando “hacer crecer”, “aumentar”, etc.: *el cielo crece mis males, creció la virtud de sus antepasados, los bienes crecieron mi salud*, etc. Hoy tal sentido ha pasado a *acrecentar*, mientras que *crecer* ha quedado como intransitivo.

Estos verbos, cuando aparecen usados intransitivamente, indican un proceso que sufre, o se produce en, el sujeto: éste puede ser animado: *Juan ha mejorado mucho*, o inanimado: *los precios han aumentado*. Adoptando los esquemas propuestos por Lakoff, habría con el verbo *mejorar*, p. e., una derivación: *mejor* → *x se pone mejor* → *y pone mejor a x*. Para Sandra S. Babcock, los usos intransitivos de tales verbos se aproximan al sentido “medio” de muchos verbos españoles usados con *se*. No parece muy clara la direccionalidad de tales transformaciones. De todos modos, hay una evidente relación entre proceso que se desarrolla (intransitivos, o con la presencia de *se*), y acción ejercida por alguien (transitivos directos).

En algún verbo como *mejorar* la presencia de *se* es optativa, sin que cambien las relaciones sintácticas de la frase, ni, en muy alto grado, las semánticas. Hay, pues, en las frases no-transitivas un sentido no-activo (algo así pasaba también con *acabar*), que, por encima de ciertas diferencias no desdeñables, las acerca, al menos con estos vocablos, al sentido medio.

Los sujetos de las frases transitivas suelen ser animados: *El precio del trigo ha aumentado* — *El gobierno ha aumentado el precio del trigo*. Puede ser inanimado: *La carestía ha aumentado el precio del trigo*, pero entonces parece preferirse una factitiva compleja: *... ha hecho aumentar ...*, *ha hecho que aumente ...*

Con *mejorar*, en frases transitivas simples, no parece muy normal la aparición de un sujeto animado: frases como *Este médico me ha mejorado bastante* son menos frecuentes que *estas pastillas me han mejorado bastante*. Con *hervir*, por el contrario, típico verbo causativo, no suele aparecer sujeto inanimado; si lo hay,

indica "causa", y se prefiere una factitiva compleja: *el fuego hace hervir el agua*, frente a *el fuego hierve el agua*, considerada inaceptable por algunos hablantes.

Hay otros verbos que podrían incluirse aquí: p. e., *colgar*. Los usos intransitivos de este verbo parecen estar relacionados con un tipo de oraciones pasivo-estativas: *el asesino cuelga de la horca*, *la ropa cuelga del balcón*. Semánticamente, son muy próximas a *el asesino está colgado ...*, *la ropa está colgada ...* Presenta las transitivas correspondientes: *colgaron al asesino de la horca*, *la mujer cuelga su ropa del balcón*.

También en el español clásico fue muy frecuente *morir* con el significado de "matar" en frases transitivas: *Vos me matásteis (...)* *vos me avéys muerto*. Modernamente, es más difícil de encontrar, pero no deja de haber ejemplos: *Si me muero, que no me mueran antes de abriros el balcón* (País, 57). La oposición *morir/matar* (proceso/acción) queda neutralizada, y *morir* se convierte en un verbo diatéticamente neutro, o causativo, con una fuerte carga semántica de "actividad".

2.3. Un grupo de verbos que puede entrar dentro de los causativos es el de algunos verbos de movimiento: *subir*, *bajar*, *volver*, *avanzar*, *adelantar*, etc.:

— "El viento que baja de la Cordillera se caldea y endurece" (*Casa verde*, 31).

— "El año pasado llegamos a bajar todos los libros".

— "Teníamos la esperanza de que volveríamos a subir los libros".

— "A los altos corredores almenados subían todos juntos" (*Guarnición*, 16).

— "Volví la cara a donde se movió mi abuelo" (*Hojarasca*, 13).

Algunos de estos verbos pueden llevar otro tipo de objetos directos: *Bajaba / las descarnadas calles de Toledo* (País, 54), *subimos las escaleras corriendo*, etc., donde el complemento especifica la idea de movimiento: ¿nos hallamos ante un circunstancial (un locativo de extensión), o ante un objeto directo? Al caer dentro del significado de los verbos, pueden analizarse como *acusativos internos*.

Los verbos de movimiento anteriormente mencionados parecen preferir, aun en usos intransitivos, sujetos especialmente activos. Suelen usarse con sujetos a los que puede considerarse dotados de capacidad de actividad autónoma. Tal caracterización puede aplicarse a sustantivos de rasgo [+ Animado], pero también a otros inanimados; hay que superar, pues, la estrecha concepción del sustantivo animado como el único capaz de ser “sujeto agente”. El mismo grado de “agentividad” encontramos en las siguientes frases:

- “Juan bajaba por la calle aquella mañana”.
- “El agua bajaba de la montaña torrencialmente”.
- “Pedro subió al piso de arriba a pedir agua”.
- “El humo subía hasta lo alto de la torre”.
- “El gato avanzaba con las orejas tiesas”.
- “El fuego avanzaba peligrosamente”.

Sin embargo, hay una serie de sustantivos [— Animado] a los que no puede considerarse dotados de esa capacidad, y no aparecen como sujetos de tales verbos: *los paquetes bajaron a lo más hondo del almacén* o *el vino ha subido de la bodega* son frases muy ‘extrañas’. Son posibles siempre ‘recategorizaciones’, pero entonces nos encontramos como en los casos de ‘animificación’ de los cuentos infantiles. Frases como las anteriores quizás sean posibles, pero hay que buscarles contextos muy concretos, especialmente adecuados; no son ‘normalmente interpretables’.

Los empleos transitivos de tales verbos son especialmente activos, debido a que en frases intransitivas también presentan ya cierto grado de ‘actividad’. Es el caso de: *Juan subió a su hermano hasta el piso principal*, *El padre bajó los paquetes a la puerta de la calle*, *el general avanzó sus tropas*.

Como ya sabemos, se ha hablado de que las frases transitivas con tales verbos derivarían, transformacionalmente, de las intransitivas. Con *subir* y *bajar* no parece posible por dos razones:

— a) aparecen con objetos inanimados no dotados de actividad, que no pueden aparecer como sujetos de estos verbos en la frase intransitiva: caso de *los paquetes*, etc.,

— b) la derivación normal a partir de *Juan subió* sería *Pedro hizo subir a Juan*, donde se conserva el carácter activo (aunque no “agente”) del sujeto de la intransitiva, sometido ahora

a la acción de un "agente"; aunque también puede ser un sujeto "causal": *el grito de su mujer hizo subir a Juan rápidamente*. En *Pedro subió a Juan* hay una presuposición de total inactividad por parte del objeto, que dificulta la derivación, sintáctica y semántica, a partir de la intransitiva.

El verbo *avanzar* presenta algunas características diferentes: como transitivo, se usa casi siempre con objetos que designan parte del cuerpo: *sus manos avanzaron hasta mi cara* → *avanzó sus manos* ... En este sentido, es sinónimo contextual de la pareja *adelantar/adelantarse*, aunque *adelantar* tenga más posibilidades combinatorias, e incluso no-activas, en el sentido que hemos visto con *subir* y *bajar*: *al venir, he adelantado a un coche de la policía*. Pero tienen sentidos semejantes en *El enemigo avanzó el grueso de su ejército* (= ... *adelantó* ...). Sin embargo, con *avanzar* se siente más 'natural', en un ejemplo como el anterior, la frase compleja *hacer avanzar*. *Avanzar*, en realidad, no es un típico verbo causativo: *el tren avanzaba despacio* / **el maquinista avanzaba el tren con cuidado*.

El verbo *correr* tuvo, y aún tiene en cierto modo, un sentido causativo en muchos casos, parafraseable como "hacer huir", "acosar", "perseguir": *la justicia nos corrió, correr liebres*, y con sentido de "hacer correr": *corrió el tostador, correr esa silla*.

Algo muy semejante ocurre con *deslizar* en el sentido de "hacer pasar o correr a alguien por una superficie": *van los ríos deslizando hacia el mar sus claras ondas, le deslizó un billete entre las manos*.

Hemos visto que son posibles sujetos no-animados con estos verbos de movimiento en frases intransitivas. Sin embargo, en frases transitivas tal posibilidad no está tan clara. Correspondiendo a *el nivel del agua subió, debido a las lluvias*, una frase como *las lluvias subieron el nivel del agua* es inaceptable, frente a *las lluvias hicieron subir el nivel del agua*. Es decir, las frases causativas complejas, con *hacer* + infinitivo, admiten mejor un tipo de sujeto "causal", que se adecua más con los sustantivos de rasgo [— Animado], que un sujeto que ejerza una acción 'directa'.

Otros verbos de movimiento posibles en este tipo de construcciones son *llevar* y *conducir*: *esta carretera lleva al pueblo* / *¿Qué*

llevas en la mano?, conducía el hato de ganado casi con ternura / esto no conduce a nada.

Un verbo que se encuentra en semejantes circunstancias es *pasar*. En este verbo podemos encontrar dos tipos de contexto sintáctico-semántico:

— a) lo que podríamos llamar ‘movimiento temporal’: *los años pasan / he pasado varios años sin verla*. Aunque el cambio de posiciones sintácticas se adecua a lo que venimos ejemplificando, no es el mismo caso, entre otras cosas por la falta de una relación ‘activa’ entre sujeto y predicado, tal como existe en otros verbos. En este caso, *pasar* puede asemejarse a *estar*: *he estado varios años sin verla*; no obstante, *pasar* sigue siendo transitivo, como lo demuestra la pronominalización: *aquellos cinco años los pasé en la cárcel*, frente a **aquellos cinco años los estuve en la cárcel*. La anteposición del complemento temporal de *estar* no deja referencia pronominal: *aquellos cinco años estuve en la cárcel*.

— b) un ‘movimiento espacial’, donde se da igualmente el cambio de posiciones sintácticas, acompañado por el matiz semántico ‘activo-factitivo’: *ayer pasé por aquí — Juan me pasó ayer por aquí*. Cuando en la transitiva encontramos un objeto no-animado, parece menos normal la existencia de una intransitiva correspondiente: *la mujer pasó el pollo por el fuego* presupone que el pollo está muerto, mientras que *el pollo pasó por el fuego* presupone que está vivo. No obstante, son posibles casos de sujeto no-animado con *pasar*: *el manuscrito pasó de mano en mano → Juan pasó el manuscrito a sus amigos*. Puede hablarse de una ‘recategorización’ semántica de *el manuscrito* en el primer caso; pero como, de todos modos, tales frases son posibles, pienso que las restricciones selectivas de *pasar* no son muy fuertes.

Como transitivo, *pasar*, conservando el sentido básico de “hacer pasar”, puede tomar matices significativos concretos: *Don Miguel ha salido (...) a pasar la firma al alcalde* (*Guarnición*, 15), *Para seguir pasando las cuentas del ininterrumpido rosario* (*Guarnición*, 22), *Los contrabandistas pasaron el alijo*, *La cosa parece medio ridícula, pero hay que pasarla para saber lo que es bueno* (*San Camilo*, 25).

Con los verbos *abrir* y *cerrar* los usos intransitivos se dan en

especial como usos elípticos, a partir de transitivas: *Este establecimiento abre (sus puertas) a las seis*, etc. Pero los podemos encontrar en frases como *Esta puerta no cierra bien* o *Esta puerta no abre bien*. En cierto modo, son asimilables a las frases de valor "medio" con *se*, que presentan un sentido de 'habitualidad', o de capacidad intrínseca de algo para poder abrirse o cerrarse. El parentesco con las frases medio-pasivas nos lo demuestra la casi constante presencia en tales frases de un complemento adverbial de modo. Estos ejemplos pueden ser, pues, una prueba de la relación semántica subyacente entre frases pasivas e intransitivas que han establecido algunos lingüistas, y que se da, de forma patente, en inglés.

2.4. Intentaremos esclarecer las estructuras en que puede aparecer el verbo *cambiar* (lo que digamos de él podrá servir, en gran parte, para *variar*). Este verbo parece ejemplificar muy bien el fenómeno de la causatividad.

Podemos considerar dos significados fundamentales en este verbo: por un lado, un significado que llamaremos A, que puede parafrasearse como "modificación" o "transformación". Este significado aparece en *cambiar* emparejado con la alternancia de posiciones sintácticas dentro de la oración, con la existencia de parejas intransitivos/transitivos (con restricciones de co-aparición no demasiado fuertes):

- "Al parecer, ha cambiado su opinión" (*Informaciones*).
- "No parece que valga la pena esforzarse por cambiar nada de él" (*Indagaciones*, 24).
- "¿No cambiarás nunca, descuidada?" (*Casa verde*, 25).
- "El panorama puede cambiar, porque aquí todo está en 'construcción'" (*Informaciones*).
- "Juan ha cambiado mucho".
- "Juan cambió su forma de pensar".
- "El régimen de vida del país ha cambiado bastante".
- "Nadie puede cambiar el régimen de vida del país".
- "Las circunstancias están cambiando el régimen de vida del país".
- "La forma de pensar de Juan ha cambiado bastante".

Vemos que en las frases intransitivas se expresa una modi-

ficación que sufre o afecta a algo o alguien. En principio, parece que en las frases intransitivas se eligen sujetos de rasgo [+ Humano] [+ Abstracto]; aunque también [+ Material]: *Esta casa ha cambiado mucho*, donde parece más normal *Esta casa ha cambiado mucho de aspecto*, que nos remite a *El aspecto de esta casa ha cambiado mucho*. Podemos hablar de un significado A₁, que indica el proceso en sí.

Frente a ello, las frases transitivas presentan un significado A₂, donde lo que se indica es que el proceso de modificación se ha producido por la acción de alguien o algo. Sin embargo, un correlato transitivo de la última frase que hemos visto, *Juan cambió esta casa*, es ambiguo entre este significado A₂ y el significado que luego especificaremos como B. En cambio, si el sujeto de la frase transitiva es no-animado, pero [+ Abstracto], tal ambigüedad parece no existir: *La falta de cuidados ha cambiado mucho esta casa*.

Este sentido B que he anunciado podría especificarse como “trueque”, cambio de una cosa por otra, estando siempre implicados dos elementos, aunque el segundo no esté expreso en la oración:

— “Miles de turistas norteamericanos podrían cambiar la ruta de la Costa del Sol por la de Hawai” (*ABC*).

— “Si no cambias las canicas de colores...” (*País*, 56).

— “No habían cambiado una sola palabra” (*Retahílas*, 11).

— “El conductor (...) cambió unas palabras con el viajero que traía” (*Retahílas*, 12).

— “¿Cambiaréis personal?” (*Tragaluz*, 217).

Aunque los objetos pueden pertenecer a diversas clases semánticas, son especialmente abundantes con objetos directos de rasgo [+ Material] estas frases transitivas: *tuve que cambiar los libros por medicinas*, *cambió el traje que compró (... por otro)*, *cambió la casa que tenía (... por otra)*. En estos casos no hay una dualidad con frases intransitivas, ya que si tal cosa es posible, aparece inmediatamente el significado A₁. Con el sentido B las posibles frases intransitivas que corresponderían a *cambiar* son claramente mediopasivas, o impersonales: *se cambian coches (por bicicletas ...)*, etc.

Con *cambiar* es posible otro tipo de estructura donde el com-

plemento va introducido por *de*. El sintagma nominal que introduce *de* no puede ser nombre propio ni llevar artículo. Este hecho de *cambiar* se da también en otros verbos como *sufrir*, *usar*, etc., verbos que poseen lo que puede llamarse *transitividad preposicional*. El significado de *cambiar* en tales casos puede ser asimilable a A₁ (tal complementación se daría, pues, sobre un uso intransitivo básico), o proviene de la eliminación de todos los posibles objetos directos (es decir, un uso *absoluto* a partir de estructuras transitivas): en este último caso, podría proceder de los significados A₂ o B.

Respecto al significado A: si *Juan cambió sus ideas* tiene su correlato en *Juan cambió de ideas*, no hay, a partir de *Juan cambió las estructuras políticas del país*, una frase como **Juan cambió de estructuras políticas*. Tampoco es posible, a partir de *Juan logró cambiar a su padre*, **Juan logró cambiar de padre*. Sin embargo, sí son posibles frases como *Juan ha cambiado de esposa por tercera vez*, etc. En realidad, no tengo una explicación razonable y completa para tales hechos.

Con objetos preferentemente empleados en el significado B de *cambiar*, tal construcción es posible, y en ella suele predominar una estructura reflexiva: *Juan cambió el vestido* — *Juan cambió de vestido* — *Juan se cambió de vestido*.

Evidentemente, hay una relación entre todas las frases de *cambiar* que llevan un complemento introducido por *de*, relación significativa, y también una común diferencia con las que llevan objeto directo. Pero no está claro si tal relación es la misma cuando el significado de *cambiar* es del tipo A o del tipo B.

2.5. Hay otra serie de contextos donde se da una oposición entre una construcción intransitiva, con sentido claramente estativo, que indica un proceso, una situación, una característica, etc., y otra construcción transitiva, donde hay un sentido claramente activo. La relación interna entre estas frases responde al tipo de relación causativa que hemos estado viendo hasta ahora.

Los verbos que presentan esta posibilidad no responden a una clase semántica determinada. Veamos algunos casos:

— “En aquellos días el aire abrasaba” — “Ya no existe la costumbre de abrasar al enemigo en la plaza pública”.

— “Este traje viste bien” — “Hay que vestir al desnudo” — “Pedro vestía un hermoso traje”.

— “Esa pelliza abriga bastante” — “Abriga al niño, que va a coger frío”.

— “Esta sopa está quemando” — “La acera quema a las tres de la tarde los días de julio en Córdoba” — “Vamos a quemar esos papeles viejos”.

Como vemos, tanto en sus usos transitivos como intransitivos, estos verbos toman unos significados especializados, sobre la base de elementos sénicos comunes. Pero, por encima de esas diferencias de matiz propias de cada tipo de construcción, se mantiene la oposición fundamental entre un sentido estativo propio de la estructura intransitiva, y otro activo propio de la estructura transitiva. Mucho más problemático sería intentar plantear una relación transformacional entre ambos tipos de frases, intransitivas y transitivas; uno de los problemas es precisamente el de los matices semánticos asociados con cada verbo en cada tipo de construcción.

[Continuará.]

RAFAEL CANO AGUILAR.